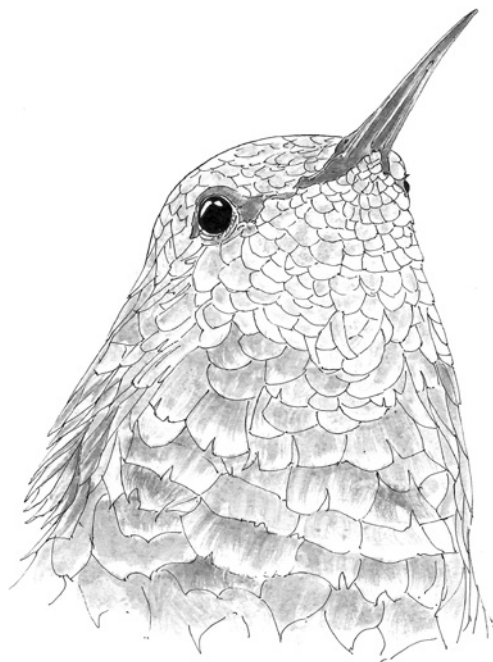


Hospitalidad, acogida y belleza:

aportes para pensar
una ecología humana
y de la paz



Juan Pablo Espinosa Arce*

■ Resumen

El presente artículo busca indagar en el tema de la *ecología humana* a partir de la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco. La tesis central será sostener que pensar una nueva comprensión de la ecología y de la armonía exige construir espacios de paz habitables, que aseguren la comunión y la vivencia de la paz entre los seres humanos y el ecosistema, de los seres humanos entre sí y de ellos con Dios. A partir de la presentación de las temáticas de la hospitalidad, la acogida y la belleza (dimensión estética) se buscará dar luces para asumir los desafíos que la nueva época demanda de la fe cristiana, sobre todo en vistas al cuidado de la casa común.

Palabras clave: ecología humana, hospitalidad, acogida, paz, estética, belleza.

* Licenciado en Educación y profesor de Religión y Filosofía de la Universidad Católica del Maule, Chile. Candidato a magíster en Teología Fundamental por la Pontificia Universidad Católica de Chile, docente de Ética en el Centro de Formación Técnica-Instituto Profesional Santo Tomás, Rancagua, Chile. Correo electrónico: jpespinosa@uc.cl

Introducción

La tesis central de las siguientes páginas es sostener que cuando hablamos de *ecología humana*, esta necesariamente debe pensarse como una actitud que se fundamenta en distintos *espacios de paz*. En otras palabras, los espacios de paz constituyen la *condición de posibilidad* para experimentar, pensar y reflexionar lo que denominamos espacios de paz. También se sostendrá que para que haya verdadera ecología humana deben existir espacios de paz y que a su vez en los espacios de paz se vive la ecología humana. A partir de ello es que recogemos la intuición de Francisco cuando en *Laudato si'*¹ 150 sostiene que existe una “interrelación entre el espacio y la conducta humana”, entre lo que es construido y quienes construyen, entre quienes habitan en el mismo espacio y el espacio que los cobija, ya sea político, social, religioso y también ecológico.

Ahora bien, ¿en qué sentido Francisco habla de *espacios*? Conceptos como *casa común*, *barrios*, *espacios públicos*, *ciudades*, *comunidades aborígenes*, *ciudad*, *lugares comunes*, van marcando una topografía humana, arquitectónica, urbanístico-rural, simbólica, imaginaria, estética, ética y también teológica. En dicha topografía o en dichos espacios se van produciendo cruces culturales, los cuales fundamentan la vivencia de la cotidianidad. De acuerdo con la intuición general de Francisco en LS, algo está ocurriendo en la casa común, y lo que está ocurriendo afecta a la tierra, al espacio público y también al espacio que es la persona humana y la comunidad que crece en torno a las relaciones que esta establece con otros. Es allí donde se hace necesario pensar en cómo construir y educar espacios de paz que aporten al mejoramiento de las condiciones de vida, tanto ambiental como humana.

En este sentido, reconocemos que Francisco piensa LS desde un paradigma que une íntimamente lo natural-ecológico con lo humano. Esta unión involucra también la presencia misteriosa y salvífica de Dios en medio del mundo, de la historia y del ecosistema, presencia que no puede confundirse con un panteísmo, es decir, concebir que la naturaleza es Dios (panta = todo; teísmo

¹ En adelante LS.

= Dios: todo es Dios, Dios es todo) ni tampoco pensar un dualismo, es decir, concebir lo creado, lo distinto de Dios como surgido de un principio malo. La teología de la creación asume que todo lo creado por Dios tiene la virtud de ser bueno.² Dicha bondad involucra también los otros dos trascendentales, a saber, la verdad y la belleza. Lo que viene de Dios es bueno, verdadero y bello porque el mismo Dios que creó todo y que dejó su huella en lo creado³ reúne en sí los trascendentales.

De acuerdo con las anteriores consideraciones, sostenemos que los espacios de paz que hemos de pensar, construir y educar deben tener como fundamento la bondad, la verdad y la belleza. No puede haber paz sin considerar estos elementos. Paz se asemeja a hospitalidad y se opone a hostilidad, y por tanto al pecado. En las estructuras de pecado, tanto personal como social o estructural, no encontramos elementos de hermosura, de verdad, de bien o de paz, ya que el pecado rompe las relaciones que el ser humano establece consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y también con Dios. El pecado, por lo tanto, viene a deshumanizar y a impedir que vivamos en espacios de paz. Es en este sentido que Francisco en LS 8 ha recordado lo que el patriarca Bartolomé sostuvo en California en 1997: “porque un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios” (LS 8). Así, cada vez que potenciamos “pequeños daños ecológicos” (LS 8) al espacio común que habitamos y cohabitamos, favorecemos que los espacios de paz no puedan sostenerse.

² Esto representa un elemento central del texto sacerdotal de la creación del mundo (Gn 1, 1, 2,4a), donde el autor sagrado va repitiendo la fórmula “y vio Dios que era bueno” (Gn 1,10.12.18.25.31).

³ Hacemos referencia a lo que en teología fundamental llamamos *revelación natural*. El Concilio Vaticano I en la Constitución Dogmática *Dei Filius* (1870) sostuvo: “La misma santa madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana partiendo de las cosas creadas” (DH 3004), y el Vaticano II en *Dei Verbum* afirma: “Dios, creando y conservando el universo por su Palabra, ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de Sí mismo” (DV 3). La palabra del Magisterio encuentra su fundamento en dos indicaciones escriturísticas, a saber, Sabiduría 13,2 y Romanos 1,19-20. Ahora bien, decimos revelación natural, o revelación a través de la creación, porque la fe judeocristiana afirma que podemos reconocer a Dios en la perfección ontológica de lo que él ha hecho. La creación finalmente posee un carácter cristológico, en el sentido de que todo ha sido creado por y para Cristo (Col 1,16).

A partir de ello proponemos el siguiente camino metodológico. En primer lugar, presentar brevemente algunas nociones sobre la temática del espacio, tal y como la han desarrollado las ciencias sociales. Luego, proponer algunas reflexiones sobre el tema de la hospitalidad y la acogida en vistas a la interculturalidad y la renovación de las prácticas sociales de la paz y, finalmente, un breve apartado sobre la estética como espacio de bondad y armonía. Por último, se ofrecerá una recapitulación de la presente propuesta teórica.

Aportes para pensar los “espacios” ecohumanos

Una de las claves interesantes del paradigma del espacio es reconocer cómo la reflexión de las ciencias sociales, los cruces culturales, las experiencias simbólicas y espirituales, las luchas sociales, ocurren en las periferias, tanto en las grandes ciudades como en los países del llamado Tercer Mundo. En este sentido, el filósofo argentino Enrique Dussel (2014) distingue entre una filosofía que él llama “del centro” y que marca la muerte de la filosofía crítica, ya que a su juicio “el pensamiento que se refugia en el centro termina por pensarlo como la única realidad. Fuera de sus fronteras está el no-ser, la nada, la barbarie, el sinsentido, las lenguas primitivas, los mundos salvajes”. Hasta el día de hoy el *centro* identifica una topografía política, social, educativa, incluso religiosa, que legitima ciertas prácticas, cierto *establishment*.

En el centro se juega el poder y las grandes decisiones. El centralismo, así como la colonización antaño, impide que la mirada se amplíe hacia otros cruces, espacios e imaginarios culturales. Pasa también algo similar con las relaciones que establecemos con los otros. El extranjero, el extraño, el distinto a nosotros —o a nuestro grupo— nos figura como problema y como peligro. A propósito de lo anterior, José Santos Herceg comenta que el extraño tiene características de ser caotizante, nos provoca temor por posibles transgresiones. Es más, “la posibilidad de una transgresión se experimenta como aterradora por el transeúnte habitual y rutinario que solo quiere llegar luego y sin contratiempos a su casa o al trabajo” (Herceg, 2012).

Pasar por ciertos lugares y espacios de nuestras grandes ciudades, de los barrios, de los macro y microespacios, nos provoca temor. Dentro del imaginario sociourbanístico existe la idea de que no podemos andar solos a cierta hora por cierto lugar. Evidentemente, lo anterior tiene un grado de verdad, sobre todo en vistas a los niveles de violencia y delincuencia que nos atañen como país, pero también reconocemos que el temor al otro se experimenta incluso dentro de un mismo grupo humano que comparte ciertos espacios, temor que a nuestro entender es profundamente grave.

Hace un tiempo se organizaron manifestaciones en Antofagasta, ciudad del norte de Chile, las cuales fueron lideradas por algunos chilenos que estaban en contra de la presencia de migrantes colombianos, ecuatorianos, peruanos o bolivianos. Pasa un tanto en Europa con la llamada islamofobia que surgió luego de los atentados al Charlie Hebdo, los atentados de noviembre del 2015 en Bataclán y los ocurridos en el 2016 en Niza. Son signos de que, como dice Herceg, constituimos al otro, sobre todo al distinto como enemigo, con la excusa de que, como señala Dussel, no está en nuestro *centro*, no comparte nuestros códigos, nuestras simbólicas, nuestra visión del mundo. Esto es simplemente una negación de la interculturalidad y de la riqueza que nos otorga la unidad en la diferencia. Con esta negación no se construyen espacios de paz ni ecología humana, sino que se reciclan estructuras de hostilidad y de daño ecohumano.

Con las anteriores indicaciones filosóficas, antropológicas y culturales, reconocemos también los espacios que son *periferias, que están fuera del centro*, en palabras de Dussel. Reconocemos cómo las comunidades periféricas africanas, asiáticas y andinoamericanas han ejercido un trabajo de reflexión propia en vistas al diálogo con otras realidades humanas. También acontece en el campo de las teologías lo que Eckholt (2016) denomina “el cambio de perspectiva de una Iglesia occidental hacia una mundial (que) hace posible un nuevo pensamiento del espacio a través de la nueva percepción y atención a las preguntas, preocupaciones y deseos de las Iglesias del sur”. Las iglesias del sur tienen, entre otras cosas, la riqueza vegetativa y ecológica, el pulmón verde de la casa común. En nuestras comunidades andinas, periféricas y del sur, acontece una

revalorización por las temáticas ecológicas y por la unión de lo espiritual y lo cósmico, de lo mítico y del logos científico, de la teología y la fe en Dios y la comunión establecida con las experiencias religiosas autóctonas. En este sentido, Diego Irarrázaval destaca (1999) cómo en las comunidades del sur se puede hablar de la *humanidad de la tierra* o de los *derechos ecohumanos*, donde:

[...] la humanidad es indesligable de la tierra y de todo ser viviente. No hay ser humano sin Pachamama y sin todos los seres protectores. Por lo tanto, los derechos fundamentales se desenvuelven en el plano humano, en el plano ecológico y en la relación espiritual. La ética es pues eco-humana-espiritual. En un sentido positivo, puede decirse que se trata de una ética holística, que incluye el medio ambiente, la humanidad y los seres sagrados que dan Vida.

Las comunidades periféricas, asiáticas, africanas y andinosudamericanas han tenido la especial sensibilidad de saber convivir con la tierra, a la cual consideran madre porque de ella todo proviene, y con el Padre Dios que da vida eterna. Estos elementos de síntesis teológica y experiencial han de constituir una posibilidad siempre nueva de reconocer cómo los espacios de paz se construyen a partir de la escucha y de la mirada amplia sobre estas otras comunidades. La sensibilidad andina representa así un espacio de paz que es dinámica, holística y ecológica. Las teologías del sur también nos exigen repensar, por lo tanto, en el rostro ecohumano de Cristo, y decimos tal porque creemos como cristianos que el Verbo se ha hecho miembro de la familia humana que vive y convive en la casa común, y que la casa común no le es ajena a Dios; al contrario, ella es su creatura, la cual cobijó al mismo Dios. Con ello, es radical asumir que la Encarnación constituye también un acontecimiento ligado a la experiencia de la tierra y de los que en ella convivimos. Con esto también comprendemos cómo la creación posee un carácter cristológico y antropológico y cómo la persona de Jesús hace síntesis de la ecología humana.

Hospitalidad y acogida

En los espacios convivimos con otros. Entramos en dinámicas de relación, interculturalidad, aceptación o rechazo, solidaridad u hostilidad. La temática de la

hospitalidad, de la acogida del otro y del respeto de dicha otredad, del establecimiento de vínculos dominados por conceptos como casa común, vivienda, barrio, país, son fundamentales al momento de pensar el paradigma del espacio. La acogida del otro supone la práctica de la hospitalidad, de integrar al extranjero al mundo y a la dinámica propia, compartir una serie de códigos y simbólicas, de manera que el otro pueda sentirse *como en casa*. Ahora bien, no solo se acoge al otro en la casa o en departamento propio, sino que también se practica la hospitalidad dentro del espacio público compartido por todos. En este sentido, Francisco habla de los *pequeños gestos*, esos “gestos de sincera cortesía ayudan a construir una cultura de la vida compartida y del respeto a lo que nos rodea” (LS 213). Estos gestos sinceros, las sonrisas y miradas compartidas, los encuentros cálidos, aunque también los pequeños roces de cada día, van configurando un imaginario del ambiente habitable y vivible. Como sostiene Francisco, “es parte de la identidad común de un lugar y una base para construir una *ciudad habitable*” (LS 143).

La identidad común y la búsqueda de los espacios habitables implican sobre todo educar en la diferencia. Nuestros niños y jóvenes, por lo menos en la realidad chilena, no están siendo educados para ello. Lo extraño nos parece peligroso. Pero resulta interesante comprobar que en la diferencia está la riqueza, en el aprender a convivir y en el habitar en el mismo espacio nos regala nuevas pistas para pensar nuestro lugar en el mundo, para actualizar una visión de él y para reconocernos. Pensemos con cuántos migrantes y extranjeros convivimos a diario: el *mall* chino, colombianos y ecuatorianos residentes, franceses y alemanes en el sur, peruanos y bolivianos en el norte del país. Y también convivimos con los pueblos originarios.

Esto representa, a juicio de Daniel Gutiérrez (citado en Herceg, 2012), un signo del “espíritu del tiempo que está presente de manera cada vez más intensa en los discursos políticos y la gestión de las sociedades llamadas democráticas al punto de convertirse en la actualidad en la ideología políticamente correcta que toda tecnología de gobierno debe adoptar”. Lamentablemente, la convivencia con los extranjeros, las prácticas de hospitalidad y las dinámicas de habitabilidad no son muchas veces de las mejores. Antes hablábamos de las protestas de

Antofagasta contra la comunidad colombiana, o el prejuicio sobre los bolivianos y los peruanos, o tantos casos de haitianos que han llegado a vivir en condiciones muy precarias. Esto también se juega con el signo del tiempo, y en vistas a ello —a estos espacios de violencia y hostilidad— es que hemos de construir y repensar los espacios de paz.

La hospitalidad, el acoger al otro, la convivialidad, el aprender a vivir en medio de las naturales y legítimas diferencias construyendo una cultura democrática, y la habitabilidad, construir y educar juntos espacios de paz, proyectos comunes superando los conflictos y apostando por la resiliencia. Una verdadera ecología humana, un espacio de paz renovado pasa también por reconocer cómo las equivocaciones y los tropiezos cotidianos son superados necesariamente con otros.

La hospitalidad implica finalmente la construcción de un nuevo relato, de una narrativa social, ecológica, humana. Así, decir “te amo”, “te acompaño”, “te respeto”, “estoy contigo”, “soñemos juntos un mejor país”, “quiero que haya paz”, “eduquémonos juntos”, marca positivamente a una persona y crea una realidad pacífica y respetuosa. En cambio, decir “tú no me sirves”, “te utilizo hasta que me seas útil”, “aléjate”, “ándate de mi país”, “te esquivo”, constituye el inicio de un imaginario de hostilidad que aleja las relaciones humanizadoras. Esta búsqueda de los espacios comunes, de sentirse y hacer sentir a otros que están como en casa, exige repensar nuestras prácticas integradoras. Hemos de reconstruir el relato de convivencia en nuestras comunidades. La ecología humana, aquella que es integral de todo lo que habita, busca justamente humanizar al hombre y que este pueda construir un espacio de paz conforme al pan de Dios. Este relato integrador ha de buscar espacios de multiculturalidad, de belleza y de un *éthos* común, de una idiosincrasia que asuma la diferencia y los desafíos de la hospitalidad, de la convivialidad y de la habitabilidad.

Construir espacios ecohumanos de belleza: aportes desde la estética

La poesía representa una *ruptura* en la visión y la comprensión del mundo. En este sentido, Rodolfo Wenger, en una entrevista concedida por el filósofo

y psicoanalista Félix Guattari, comenta que este último ha instaurado lo que denomina el *paradigma estético*. El paradigma tiene que ver con una visión de mundo, una forma o modelo de hacer las cosas, una forma de vivir y de convivir. Guattari sostiene que “el paradigma estético del que hablo se presenta como una alternativa ante el paradigma cientista que subtiende el universo capitalístico. Es el paradigma de la creatividad” (Wenger, 2012). Es interesante la visión de Guattari, ya que lo estético, lo poético, la creatividad y las artes en general se oponen —críticamente— a la visión del paradigma capitalista imperante, el cual ha sido criticado abiertamente por el papa Francisco. En LS 203 sostiene el Sumo Pontífice: “dado que el mercado tiende a crear un mecanismo consumista compulsivo para colocar sus productos, las personas terminan sumergidas en la vorágine de las compras y los gastos innecesarios. *El consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico*” (énfasis añadido).

Un elemento grave de este paradigma subjetivo de lo técnico-económico es que la persona humana se comprende solamente como medio de producción de bienes materiales. Todo se evalúa en aspectos monetarios propios de una racionalidad económica capitalista. El paradigma capitalista priva a la persona de vivir espacios de felicidad, ya que lo mantiene en un circuito de producción. En el ámbito de la educación pasa, a mi entender, otro tanto. Desde el momento en que esta se ve como un bien de consumo, o que se exige que el estudiante mantenga en su horizonte las pruebas de evaluación estandarizadas que generan segregación social, lo privamos del horizonte de la felicidad, entendida como el fin de todo ser humano.

No estamos educando a nuestros niños y jóvenes para ser felices. Estamos educándolos para la competitividad y así recreamos la ley del más fuerte en los espacios educativos. Y lo que es más grave, no los educamos para la diferencia, para la derrota ni para la sana convivencia entre ellos y el ambiente. Estamos formando niños ligados al paradigma económico y técnico, pero no los educamos para que sean constructores del paradigma creativo, estético y poético. Por ello, Francisco insiste en que hemos de construir *otras bellezas*. Así, nos dice: “no basta la búsqueda de la belleza en el diseño, porque más valioso todavía es el servicio a *otra belleza*: la calidad de vida de las personas,

su adaptación al ambiente, el encuentro y la ayuda mutua" (LS 150). Y más adelante afirma: "no debe descuidarse la relación que hay entre una adecuada educación estética y la preservación de un ambiente sano. Prestar atención a la belleza y amarla nos ayuda a salir del pragmatismo utilitarista" (LS 215).

A mi entender, es necesario repensar por un lado el paradigma estético y por otro el paradigma bioeconómico, así como el teobiocéntrico, como instancias que asumen el desafío de construir espacios estética y poéticamente sustentables, amigables con el medio ambiente y generadores de instancias en las cuales las diferencias sean educadas y sean valoradas como elementos enriquecedores de la sociedad. Los espacios de paz en el ámbito de la poesía y de la creatividad, como manifestación del alma humana, necesitan que las costumbres de un grupo social sean rescatadas, que les enseñemos a nuestros niños, jóvenes y adultos las riquezas de nuestro país, la variedad de nuestras culturas. Hemos de educarlos para que hagan sus propias síntesis simbólicas para que ellos y ellas se conviertan en poetas y juglares que favorezcan un ecosistema digno y crítico de la mecanización actual del capital.

Recapitulación

Al inicio de nuestro texto sosteníamos que la hipótesis que motivaría nuestro trabajo era que la llamada ecología humana se fundamenta en los espacios de paz, a la vez que afirmábamos que los espacios de paz pueden ser y deben ser contruidos y educados. La paz, búsqueda inagotable sobre todo en estos tiempos de violencia, de inseguridad y de hostilidad, ha de ser un proyecto siempre nuevo.

La amplitud de la propuesta teológica, social, política, ecológica y cultural de Francisco en LS nos invita a repensar nuestras prácticas humanas. El paradigma del espacio, que a juicio del papa latinoamericano es uno que se relaciona íntimamente con la conducta humana, implica sobre todo una corresponsabilidad en vistas a la construcción de un mundo más humano, más respetuoso de la diferencia y que viva la armonía con la naturaleza y con las creaturas no humanas, animales y demás organismos vivientes. La hermana madre tierra, don de Dios

y espacio del espíritu humano y lugar de la presencia del Creador, nos interpela continuamente. Hemos de apostar por los derechos de la tierra, por lo que Irrarázaval denomina los derechos ecohumanos. En sintonía con LS, los daños cometidos contra los pobres son también un daño cometido contra la tierra.

La educación, acción de transformación del mundo y de la persona humana, debe responder a la dinámica de construcción de espacios de paz, los cuales hemos querido articular en dos grandes ámbitos: hospitalidad y acogida y espacios estético-poéticos. Las dinámicas de espacio y la búsqueda de una educación integral e integradora se oponen proféticamente a las dinámicas de una educación exitista, elitista y competitiva. No estamos enseñando a nuestros estudiantes a ser forjadores de espacios de paz, los educamos muchas veces para la hostilidad y para el miedo a la diferencia. Las actuales dinámicas multi-culturales demandan finalmente, de creyentes y de no creyentes, la astucia y la sensibilidad para, desde una mirada comprensiva e integradora, asumir los desafíos de esta hora de la historia. ¿Qué mundo, qué espacios de paz, qué educación le dejaremos a los que vendrán después de nosotros?

Bibliografía

- Dussel, E. *Filosofía de la liberación*. México: FCE, 2014.
- Eckholt, M. (2016). Espacios de paz. Nuevos caminos de teologías interculturales de la paz. *Teología*, 52(119), 115-127.
- Herceg, J. (2012). El miedo al/del extranjero en lo cotidiano. La constitución del otro como enemigo. *Actuel Marx Intervenciones*, 12(1), 71-88.
- Irrarázaval, D. (1999). *Un cristianismo andino*. Quito: Abya-Yala.
- Wenger, R. (2012, 3 de noviembre). *El paradigma estético de Félix Guattari*. Recuperado de <http://perspectivasesteticas.blogspot.cl/2012/11/12.html>